

¿La Filosofía... progresa?

Haber puesto en duda la idea del progreso de la humanidad, como se ha hecho a finales del siglo XX, no implica negar el avance en los conocimientos aportados por las ciencias y la tecnología. Lo que sí se dificulta a partir de esta duda es sostener la identificación que se llegó a hacer entre estos avances y aquel progreso.

Preguntarse por la posibilidad del progreso de la filosofía no deja de tener como trasfondo lo anterior. Más de una vez, se pensó que, si la filosofía quería unirse a la prosperidad histórica sujeta, debía proponerse como modelo a las ciencias naturales. Particularmente, en el siglo XIX, y todavía en los comienzos del XX la aspiración de algunas corrientes estaba en convertir a la filosofía en una ciencia más. Sin embargo, el carácter de los problemas, los instrumentos con los que contaba y la forma de afrontarlos, o bien hizo extender la noción de ciencia, o bien llevó a redescubrir una identidad propia que la distinguiera de las ciencias.

En uno y en otro sentido, la filosofía tuvo que atender nuevos asuntos, y se vio exigida de hacer aportes. En la producción de conocimientos, la filosofía ha tenido que afrontar nuevos problemas -algunos de ellos generados por avan-

ces científicos o científico-tecnológicos-, lo cual ha hecho extendiendo el pensamiento lógico, herencia griega.

En la tradición en la cual la filosofía se orienta a la búsqueda racional de orientaciones para vivir -aquella en la que hay problemas que son más perdurables, y respuestas que se mantienen -también el impacto de los avances científicos y tecnológicos en la vida cotidiana, así como de asuntos generados por la convivencia, han exigido replanteamientos de temas. Esto también se ha hecho en diálogo con la reflexión de pensadores de otros tiempos, lo cual significa progreso al menos en relación consigo misma, aunque también su difusión podría juzgarse de la misma forma.

Ahora bien, siguen siendo válidas las inquietudes en las que se disocian el avance en ciencias y filosofía, de la posibilidad del progreso de la historia. Por otra parte, el discurso del ciudadano de Ginebra en que ponía en cuestión la felicidad que la ciencia nos pudiera dar, se deja oír en las palabras de otro filósofo contemporáneo, Edgar Morin, quien afirma que las ciencias no nos han dado el arte de vivir. ¿Tampoco la filosofía? Podemos preguntarnos. Y, un interrogante más: ¿lo pueden hacer?